

Algo más que la inocencia

(notas en torno a algunas coincidencias
de la antropología y la literatura)

La observación, ante todo. Mirar, anotar, recordar lo contemplado. Igual que un “testigo amoral”, el cronista (llamémosle así por ahora) participa con la vista registrando detalles, gestos, movimientos y, como Roquetín en la novela de Jean-Paul Sartre, *La náusea*, deja que sus impresiones evolucionen hacia la más ruin de las indolencias: “Siempre lo había sabido: yo no tenía derecho a existir. Había aparecido por casualidad, existía como una piedra, como una planta, como un microbio”, tal y como confiesa el personaje en su escalofriante diario.

Mirar, sí, y reflexionar después en la soledad del estudio sobre las constantes o las variantes de tal o cual comportamiento. Algo no muy distinto a lo que ocurre, individual y dialécticamente, entre el psicoanalizado y su interlocutor al otro lado del diván. ¿Qué tienen en común, entonces, el escritor, el antropólogo y el psicoanalista? La respuesta está, posiblemente, en una frase de Nigel Barley, quien ha inspirado buena parte de esta serie de reflexiones: los antropólogos —afirma— “han ido a donde no había ido ningún hombre. Están, pues, rodeados de un halo de santidad y divina ociosidad”; de donde se desprendería una actitud “ausente” (¿“voyerista”?) del observador-cronista.

Sorprendido por el éxito editorial que tuvo su —en principio— tesis doctoral (“The Innocent Anthropologist. Notes from a Mud Hut”), Nigel Barley desmitifica con su trabajo muchos de los prejuicios que, hasta aquel año de 1983, acompañaban al desempeño de la antropología... o por lo menos de la Antropología Occidental (así, con mayúsculas) ante las poblaciones atrasadas y aborígenes de los países llamados del tercer y cuarto mundos. La edición en castellano del libro de Barley (*El antropólogo inocente*, Editorial Anagrama, 13 ediciones de 1989 a 1999), nos permite establecer una serie de especulaciones en torno al ser y el hacer de antropólogos y escritores.

* Narrador. Director de Divulgación de la Coordinación Nacional de Difusión, INAH.





Partiendo del principio de que ese distanciamiento entre objeto y observador (comunidad humana y cronista) es la garantía de una “santidad”, es decir, de una presencia inocua e intangiblemente ética por parte del antropólogo-escritor, queda como premisa respecto a la inutilidad de pretender que esos afanes puedan tener una “aplicación política”. Una novela no es (no debe ser) un panfleto, y un estudio antropológico tampoco puede ser (no debe) un programa de proselitismo partidario.

La dedicatoria del libro de Barley resulta, por lo demás, sintomática y digna de toda nuestra simpatía. “Al jeep”, nos previene este antropólogo que se insertaría en la comunidad Dowayo. Ahí, durante dos años, convivirá con los habitantes de las montañas del Camerún, aprenderá de sus marrullerías y sus ritos ancestrales, padecerá la corrupción post-colonial y las endemias tropicales, y concluirá que, en los bosques centroafricanos y en las academias londinenses, el hombre es uno y una misma su decisión por sobrevivir. Para los que aún no conocen el estudio de Barley, sobra decir que se trata de una obra poco dogmática y muy ceñida a los artilugios literarios (diálogos, descripciones, narración acompasada), lo que lleva a preguntar si eso es “antropología” o una *crónica de viaje* que lo mismo relata aspectos humorísticos que sanguinarios.

Setenta años atrás, en esos mismos bosques del África meridional, curiosamente surgía un personaje literario que muy pronto se transformó en protagonista de los *mass media*, como un paradigma “en negativo” de la etnología. Sí, porque cuando Edgar Rice Burroughs publica, en 1914, su novela *Tarzán de los monos*, estaba

creando al mayor divulgador en Occidente de las “costumbres”, mitos y prejuicios raciales del continente negro. Con el paso de los años y tras el proceso de descolonización, la figura de Tarzán demostraría de qué manera un personaje literario puede ser emblemático (el Quijote, Gregorio Samsa, Hamlet) de un ideal, un terror, una obsesión. El “rey de los monos” reunió todo ello y nos permitió, en la placidez cinematográfica una vez adaptado en personaje de celuloide (para mi generación, Johnny Weismüller), alimentar nuestros recelos y confusiones en torno a un continente..., un continente y sus habitantes, desde luego, que no tendría salvación si no era guiado, asistido y financiado por la generosa mano del hombre blanco.

Algo similar quedaría sugerido en las obras de Rudyard Kipling, *El libro de las tierras vírgenes* y *Kim de la India*, en las que el destino imperial y el honor británico confluían en una sola misión ante la carga civilizadora que representaban los “pueblos abandonados” del Asia subtropical. Una vez más, en esos libros clásicos de la literatura juvenil, quedarían lecciones de antropología y lirismo colonial que nutrirían los prejuicios de varias generaciones. Antropología y literatura como dos espejos enfrentados, cada cual reflejando una imagen incierta, de la subjetividad virtual apareciendo en la superficie bruñida del otro engaño.

En el Alto Maraón

Una de las confesiones más directas del vínculo antropología-literatura lo constituye el testimonio que en





Viernes Santo 2002 / Nazarenos en manda.

1971 publicó Mario Vargas Llosa bajo el título de *Historia secreta de una novela*. Editado por Tusquets en su colección Marginales, el librito de 76 páginas nos permite armar el rompecabezas de esa novela deslumbrante que es *La Casa verde*. En el breve recuento (originalmente preparado como conferencia para una universidad estadounidense), Vargas Llosa refiere cómo surgieron las claves de esa obra que lo consolidaría como uno de los mejores narradores en idioma castellano, y de cómo un antropólogo mexicano sería el detonante de la historia.

Era el año de 1958 y estaba por trasladarse a Madrid para iniciar su doctorado en Letras, “cuando a Lima llegó el doctor Juan Comas, un antropólogo mexicano. Venía al Perú para realizar ciertas investigaciones en las tribus de la Amazonia. Entre la Universidad de San Marcos y el Instituto Lingüístico de Verano le habían organizado una expedición y, por la amistad de una de las organizadoras, tuve la suerte de formar parte del pequeño grupo que acompañó al doctor Comas”. Y sigue relatando el autor de *La ciudad y los perros*:

Estuvimos en la selva unas cuantas semanas, viajando en un escueto hidroavión y en canoa, sobre todo por la región del Alto Marañón, donde se hallan, diseminadas en un amplio territorio, las tribus aguarunas y huambisas. Así fue que conocí esa pequeña localidad, Santa María de Nieva, el otro escenario de *La Casa verde*. Este recorrido por el Perú amazónico fue, también, una conmoción para mí. Descubrí un rostro de mi país que desconocía por completo; creo que hasta entonces la selva era un mundo que sólo presentía a través de las lecturas de Tarzán y de ciertas seriales cinematográficas. Allí descubrí que el Perú no sólo era un país del siglo veinte [...] sino que era también la Edad Media y la Edad de Piedra.

Uxmal: pulgas vestidas.

Cabe recordar que, seguramente, ese viaje también engendraría, años después, esa otra novela de amabilidad a raudales que se titula *Pantaleón y las visitadoras...* Un cuartel en la selva amazónica al que debe administrarse, regularmente, con los cargamentos de prostitutas que llegan en rumorosos vapores remontando el río Marañón.

Antropología, observación, crónica de viaje, novela. Seguramente que los métodos de indagación y registro que lleva un antropólogo difieren de las observaciones y apuntes que puede guardarse un escritor (o un reportero de prensa, como ya se verá). Sin embargo, en ambos se conserva algo más que la inocencia, o la santidad, del profesional que vive de la (re) interpretación, científica o literaria, de aquellos “otros”, sus costumbres, rituales y mentalizaciones. El antropólogo que elabora, por ejemplo, un estudio sobre los mitos animistas de la comunidad zoque ante el alumbramiento, ¿en qué es distinto al narrador que decide la escritura del cuento “La Tona”?; así como ocurrió, precisamente, con Francisco Rojas González, autor de la su muy famosa (y póstuma) colección de cuentos *El Diozero*, volumen que suma ya más de 200 mil ejemplares distribuidos en centenares de bibliotecas escolares.

De San Francisco al sarcof

La abreviada existencia de Rojas González (murió en 1951, a los 47 años de edad) fue, sin embargo, fructífera. Nacido en Guadalajara, entregó la primera mitad de su vida al mundo diplomático —fue cónsul en las ciudades de Guatemala, Salt Lake City, Denver y San Francisco— para luego trastocar sus días al cambiar de



oficio. A finales de los años cuarenta, Rojas González practicaría la antropología de campo en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM (había realizado estudios de etnología en el Museo Nacional), donde participó en distintos estudios (la *Carta etnográfica de México*, entre otros). Producto de sus indagaciones antropológicas entre los distintos pueblos indígenas del país (purépechas, zapotecos, lacandones), surgieron varios libros en que logró plasmar, con pluma certera, cuentos y relatos inspirados en esas exploraciones de bota y (entonces se usaba) saracof.

Libros suyos que de algún modo recogen sus preocupaciones etnológicas son: *Y otros cuentos*, *El pajareador*. Ocho cuentos y, principalmente, ya lo decíamos, *El Diosero*. La docena de relatos contenidos en este último volumen (entre ellos “La Tona” y “El Diosero”) reúnen las dosis de ternura, emoción y asombro a que toda buena narración debe aspirar. No por nada esos dos cuentos fueron llevados, aunque malgradadamente, a la pantalla cinematográfica, como fue también el caso de los argumentos de sus novelas *La negra Angustias* y *Lo-la Casanova*.

Otros dos casos de mexicanos que practicaron (a su modo) la indagación antropológica y la escritura literaria de ese tipo de experiencias fueron Ramón Rubín y Fernando Benítez. Del primero —un autodidacta trotamundos— nos quedan sus volúmenes *Cuentos mestizos de México*, *El callado dolor de los tzotziles*, *La bruma lo vuelve azul*, *Cuentos de indios* (volúmenes I y II), *Cuando el tágua agoniza*, entre los cerca de 20 libros que publicó.

El caso de Fernando Benítez resulta un capítulo aparte. Desde luego que su discutible colección de crónicas (¿ensayos?) *Los indios de México*, cuatro volúmenes exitosamente publicados por la editorial ERA entre los años de 1967-1979, constituyen un esfuerzo admirable de reconciliación del redactor cosmopolita con las comunidades aborígenes del país. El medio antropológico mexicano, en su momento, no recibió con demasiada simpatía esa colección de crónicas-reportaje, a la que se calificó de parcial y poco sólida. Sin embargo, esas expediciones por las comunidades indígenas del país le permitirían, en un plano más literario, emprender notables narraciones como las contenidas en sus libros: *Ki, el drama de un pueblo y una planta*, *En la tierra mágica del peyote* y *Viaje al centro de México*, entre otros títulos.

Obviamente que el medio académico ha criticado mucho esos afanes “divulgadores” bajo el principio de que, careciendo del rigor científico, los libros con ánimo etnográfico se quedan en la buena intención mediática, pero sin la calidad y el nivel teórico requeridos.

Tocar a Atinóo

Para concluir nos queda el caso aleccionador de Marguerite Yourcenar. En las adendas de su novela clásica *Memorias de Adriano*, cuenta la novelista una experiencia arrobadora. Fue el día en que finalmente logró “tocar” la materia de su obsesión juvenil. La Yourcenar había intentado escribir el libro en dos intentos previos, pero los resultados no la satisfacían (no hallaba lo que literariamente se dice “su voz”). El tercer tratamiento

Grupo de niños en Yaxcopoil.





Tacuba: Caballito y Feria del Libro.

fue el efectivo, cuando el emperador Adriano escribe y lega una serie de cartas autobiográficas a punto de fallecer. Pues bien, relata la también la autora de *Opus nigrum* que en cierta ocasión, visitando el museo arqueológico de Roma, uno de los investigadores la invitó a conocer los objetos encontrados en una excavación reciente. Eran algunos objetos presumiblemente pertenecientes a la realeza romana de principios de nuestra era, y entre ellos destacaba un medallón de bronce con la efigie de Atinóo, el amante efebo del cavilador Adriano. ¡De modo que ese objeto en las manos de Marguerite Yourcenar la vinculaba, tangible y directamente, con su personaje perseguido en tantísimas bibliotecas, archivos y museos!

Esa emoción última queda siempre como la gran recompensa del investigador social que ha devenido en narrador. El momento en que el “objeto” literario se vuelve real, de carne y hueso, y algo más que una evocación sublime. Como Vargas Llosa tras los pasos de Fushía, el personaje que remonta en canoa la corriente del Amazonas peruano, o como Nigel Barley cuando al concluir su libro relata la conversación telefónica con el colega que lo convenció de viajar al Camerún:

—Ah, ya has vuelto.

—Sí.

—¿Ha sido aburrido?

—Sí.

—¿Te has puesto enfermo?

—Sí; de hepatitis.

—¿Has traído notas a las que no encuentras ni pies ni cabeza de tus observaciones?

—Sí.

—¿Cuándo piensas volver?

Y entonces, incontenible, Nigel Barley suelta la carcajada. Dos años en las montañas de los Dowayo, en los que perdió todos sus ahorros y dos dientes, hizo amigos inimaginables (misioneros borrachines, profesores de primaria que practicaban la brujería) y, sobre todo, cambiaron irremisiblemente sus días.

La fiesta del Ritz

Experiencias como (si cabe el caso) la del “coronel Hemingway” en el hotel Ritz durante la liberación de París. Llega el ruidoso corresponsal de guerra al barecito y enseguida es asaltado por un viejo portero del hotel que le pregunta dos veces su nombre y que si alguna vez estuvo hospedado allí. Cuando obtiene la respuesta afirmativa le informa que ahí abajo, en la bodega y desde 1929, está un viejo baúl que permanece abandonado. Ernest Hemingway lo recupera y, al abrirlo, nace la leyenda. En ese cajón están los rizos de sus novias, los billetes de la ópera, las cartas de sus amigos, aquella vieja bufanda escocesa... Se enfrenta de pronto, como si un regalo de Dios, a su juventud (o su propia “arqueología” personal). Esa experiencia dará como fruto una novela de conmovedora intensidad: *París era una fiesta*. Habrá sido la victoria de la memoria sobre el cruel paso del tiempo. La inocencia del observador habrá sido derrotada. Habrán comenzado los días, si se quiere, de la santidad (literaria). Memoria, observación, testimonio. Y lo demás será polvo sin destino.

Hunucmá: tricitaxis con servicio de orden.

